

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Un mes.	4 rs.
Tres meses.	11

EN PROVINCIAS.

Tres meses, en la administracion.	14
Seis meses, en la misma.	26
Tres meses, por comisionado.	15
Seis meses, por comisionado.	28
ESTRANJERO: tres meses.	30
ULTRAMAR: seis meses.	3 pfs.



SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, calle de la Ballesta, núm. 6, y en las principales librerías.
En provincias, por medio de carta franca á la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.
En el extranjero y Ultramar en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos.
La correspondencia, al director de FIGARO.

FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

CONVERSACIONES MADRILEÑAS.

Pocos años hace que la capital de España, vulgo *coronada villa*, no tenía en su guardaropa mas que un traje, el de invierno, con el cual cubria sus carnes en todas estaciones.

Ningun preparativo hacia para vivir con comodidad el verano; ninguna precaucion tomaba para aliviar el calor abrasador que sofocaba á sus habitantes, obligándoles á envidiar la suerte del fundidor que pasa seis horas al día á la boca de un horno.

Las cosas han variado algo en los últimos años. Llegado el mes de abril, vemos desde los balcones de nuestras casas, ó á poco que nos movamos, bonitos jardines, con árboles verdes y lozanos, lilas y jacintos, cuyo monopolio disfrutaban antes el Retiro y la Fuente Castellana, y surtidores de agua que caen sobre las copas de los tilos y acacias y facilitan á sus hojas la respiracion de que necesitan como el hombre.

El arte de improvisar jardines, tan avanzado en la mayor parte de las capitales de Europa, ha tardado en naturalizarse en la de España; pero le tenemos al fin, y le vemos cada día trasformar el aspecto de una calle ó de una plaza. La estatua de Cervantes disfrutó por algun tiempo el privilegio de verse cercada de un microscópico jardín; luego vinieron los que en Recoletos se formaron con los terrenos y los árboles crecidos de los huertos de la inspeccion de Milicias y de la casa de Monterey, tan gratos á los niños; trocóse despues la fea bajada de Santo Domingo en un bonito *square*, y han cerrado la marcha la plaza Mayor y la del Principe Alfonso, cuya trasformacion, por lo rápida y completa, indica progreso efectivo en la jardinería y tiene algo de ese arte mágico que profesa en París el ingeniero Alphand y en otras capitales sus discípulos ó émulo.

Madrid, la ciudad de los conventos y de las casas á la *malicia*, ha ganado mucho con la jardinería, hija, á su vez, de las aguas del Lozoya. Dulce y grato es ver á la caída de la tarde en sus plazas, antes caldeadas como otros tantos hornos, é inhabitables, á un tropel de niños que, seguros de carruajes y caballos, juegan y gritan con alborozo.

Con los árboles y los niños han venido los pájaros, *rara avis*, cuya contemplacion estaba antes reservada á los moradores de las bohordillas. Es verdad que tambien han aparecido las niñeras, acompañadas de sus respectivos infantes ó ginetes, ó escoltadas por los cuerpos facultativos; pero si estas figuras perjudican al aspecto estético, no dejan de animar el cuadro, y váyase lo uno por lo otro.

Mas no es solamente la aparicion de los jacintos y tulipanes municipales la que anuncia el fin de una época de la vida madrileña y el principio de otra: los *pot-pourris* de actos sueltos de óperas y comedias, los beneficios de los artistas de segundo orden y la inauguracion de los saltos, piruetas, volatines y ejercicios hípicas en los Cir-

cos están diciendo al madrileño, dado caso que no se lo dijeran el sol, mas que picante, y el barómetro, que sube á toda prisa, que ha llegado el momento de aligerarse de ropa y de precaverse contra los efectos del calor y otros escesos de la primavera, con dos ó tres vasos del salutífero líquido que, limpia y aseadamente, se sirve en el establecimiento de Doña Mariquita.

Agrádame mas que esos síntomas precursores del verano, otro que les acompaña. A lo largo de las alamedas de la Castellana, en el espacioso salon del Prado ó en las ya verdes y floridas calles del Retiro, véanse cruzar, como en lo espeso del bosque á los pájaros de vivos colores, trajes verdes, azules, rojos, cuyas ondulaciones, auxiliadas por el influjo magnético de la primavera, hacen latir el corazon en el pecho é imprimen á las piernas del valedudinario ó del remolon ligereza inusitada.

Los colores oscuros, las telas ricas y pesadas, las pieles y acolchados del invierno, tan agradables á la vista cuando se ha cansado uno de sudar y de tragar cántaros de aguas salinas ó sulfurosas, desaparecen ahora y son reemplazadas por las telas ligeras, la muselina, á quien un autor francés ha canonizado, la seda y su dilatada y mezclada familia.

No se tenga por nimia esta importancia que doy á los colores de los trajes en el aspecto de las grandes poblaciones. Tengo sobre esto mi teoría semi-artística, seminaturalista, y no he de pasar adelante sin esponerla.

Darwin se llama, si no me engaño, porque en esto de ciencias soy flaco como el que mas, el naturalista inglés que ha hecho el descubrimiento de que los animales no son blancos, negros ó pintados por casualidad, ó por efecto de la intensidad de la luz solar en los países que habitan, sino por necesidad, y por efecto de la voluntad ó del instinto que los impulsa á mezclarse entre sí de manera que les sea posible desenvolverse, y aun producir, la cualidad que les es precisa para su subsistencia ó para su defensa.

Así, el leon de los desiertos de Africa es del color de la arena con la cual, ó con la roca, se confunde de modo que el cazador no le percibe, y que la presa se le acerca descuidada; el tigre de la India, que habita los cañaverales ó juncuales, es rayado; el ave de los polos, blanca como la nieve que la oculta al cazador ó al carnívor aéreo; la de los trópicos verde como las frondas que habita, ó roja como los tonos de aquellas zonas ostentan. La serpiente que se arrastra es del color de la tierra, y la que persigue en los árboles á los pájaros es verde, como las hojas que la encubren. Aves hay, como el *ptarmigan* de Escocia, que mudan plumas cuatro veces al año, siendo blancas cuando la nieve cubre las montañas, pardas en el otoño y matizadas cuando el campo y el bosque se animan y florecen.

Pues bien, ¿por qué no hemos de aplicar la teoría de ese sabio naturalista al ave mas encantadora que la ornitología menciona, á la mujer? La necesidad en ella es la de agradar, de atraer, de seducir; su voluntad, firmísima,

inquebrantable, la de dominar al hombre y obligarle á recorrer el espacio cargado con la pluma ó la paja que ha de formar el nido. ¿Qué de extraño tiene que la mujer, para atraer la presa y fascinarla como la serpiente verde de América ó la del Paraíso, que tambien debió de ser verde, cambie de plumas cuatro veces al año, como el *ptarmigan*, y aparezca con matices pardos ú oscuros en el invierno, azules ó verdes en la primavera, rojos ó blancos en el verano, mezclados en otoño?

Hé aquí una teoría de colores y modas que recomiendo á las modistas, y que conviene que estudie el hombre contra quien esas trasformaciones van dirigidas. Y lo peor es, que es el hombre quien las paga, porque, hasta ahora, la naturaleza, tan generosa con el colibrí y el guacamayo, no ha permitido que la mujer mude cuatro trajes al año por la sola virtud de los cambios de temperatura, sino pagándolos el padre ó el marido. Pero no descendamos desde las alturas de la historia natural poetizada hasta los abismos de la economía doméstica, que no distingue las plumas de las aves y las arroja todas á un utensilio humilde de cocina cuando prepara aquellas para el asador ó la cacerola.

Ya ven mis lectoras cómo, insensiblemente, las he conducido hasta las puertas de una nueva estacion y de nuevas distracciones. Yo prometo acompañarlas á los Campos Eliseos, escuchar á su lado la orquesta de Barbieri, asistir los lunes al Circo del Principe Alfonso, los martes al de Price, los miércoles al café-concierto de la calle del Barquillo, todas las mañanas al Retiro y todas las noches al Prado. Que todos estos placeres ofrece hoy día Madrid en el verano, tan diverso del que nuestros padres conocieron.

Pero no se os ocurra hacer una excursion por la zona de ensanche, porque por allí Madrid no ha variado. El desierto de Sahara le circunda como en los tiempos del *intruso* ó en los de Felipe V.

UNA TACITA.

Yo tengo un mancebo, esto es, un oficial de barba, que me ayuda en el trabajo. El tal mancebo se llama Cañones: no hay que asustarse; este Cañones es el hombre mas pacífico y mas simple que yo conozco; es un Cañones que jamas se dispara.

Se llama Cañones, porque no tiene otro nombre, y nada mas; por lo que mucha gente anda por ahí que se apellida lo que no es, por anomalia, si ustedes quieren. Yo estoy cansado de oír que Fulanito es honrado, y Zutano consecuente y Mengano sabio; y lléveme el diablo si sé, ni sabe nadie, de dónde han venido á Fulano sus millonadas, á qué partido pertenece Zutano, que yo en todos le he visto cuando mandan, y qué sabiduría es la de Mengano, que nada ha escrito, que nunca abre los labios para decir esta boca es mia, y que se pasa toda la vida escuchando y sonriendo. Pues la misma razon que tienen estos para que los llamen honrados, con-

secuentes y sábios, tiene mi buen Cañones para llevar un nombre tan belicoso.

No hace mas que tres ó cuatro noches, como acabásemos Cañones y yo de cerrar la tienda, barrer el pelo cortado y limpiar los utensilios de la barbería.

—Venite conmigo, Cañones, le dije; te convido al café.

Y dimos con nuestros cuerpos en uno de los principales de Madrid.

No bien nos habian traído las tazas y escanciando el líquido blanco que por autonomasia se llama leche, y el líquido negro que se llama café, no sé por qué error filológico, me preguntó con notoria curiosidad mi mancebo:

—Dígame Vd., maestro: ¿qué solemnidad ó qué satisfacción nos trae aquí? Yo no he sabido que á Vd. le haya tocado el premio grande de la lotería, ni que, como ahora se suele, haya Vd. hecho negocio alguno, ni los tiempos son tales que caigan propinas bastante grandes para permitirnos el esceso de venir al café.

—¿Qué inocente eres, amigo Cañones! ¿Pues acaso se necesita algo de eso para venir á estos sitios? ¿Tú no ves cuánta gente, al parecer honrada, nos acompaña? ¿Pues tú crees que á alguno de estos le ha tocado la lotería, ó ha hecho negocios, ó ha cojido mejores propinas que nosotros? Nada de eso: al café se viene por gusto, para echar un párrafo con cuatro amigos, ya sobre el gobierno, ya sobre las probabilidades mas ó menos ciertas de una guerra europea en el próximo otoño, ya de relijion, ya de mujeres, que es lo mas frecuente y entretenido.

—Pero se gasta....

—¡Bah! Trece cuartos que cuesta el café, y cuatro que se dan al mozo para tener el derecho de hablarle de tú, y para que, en llegando Noche Buena, guarde una jarra ó una botella de leche de almendra para la clásica sopa, ya se sabe á donde van. Mira tú: ¿qué son sesenta reales al mes?

—Ya: si todos los que aquí vienen son ricos....

—Hombre, ricos materialmente no; pero los dos reales del café no han de faltarles. Allí tienes á ese gordo que está en frente de nosotros: empleado es con cinco mil reales de sueldo y tiene cuatro hijos; aquel otro de la mesa inmediata, no menos que teniente de reemplazo es, y ya tendrá sus doce ó catorce duros de paga mensual; el de mas allá escribe en un periódico de oposicion, y cada tres ó cuatro meses cobra mil reales, y gracias, porque el periodismo en España no da para mas; este de nuestra derecha es oficial de zapatero, trabaja en su casa, y viene á sacar, un dia con otro, sus cuatro pesetillas, que para él, la mujer, la madre y tres chiquillos, no es poco; barberos son como nosotros aquellos dos de la esquina, y ya sabes que, además de los ocho realitos del sueldo, se sacan muy bien otros seis con las propinas. Pues todos ellos, si no vienen á tomar su tacita, fumar un par de cigarros y charlar un rato de lo que corre, no dormirían tranquilos.

Creía que mi oficial habiase convencido de la oportunidad del café; pero Cañones es testarudo, y al cabo de un momento de reflexion, me dijo:

—Perdone Vd., maestro; por mas que echo la cuenta,

no caigo en la manera cómo todos esos señores que usted me ha citado podrán cubrir lo mas apremiante de sus necesidades, y venir aquí á gastar sesenta reales cada mes.

—Torpe eres; ¿si te habrás figurado que es de mas absoluta precision, por ejemplo, pagar al casero; comprar unos zapatos al niño, que está descalzito, y un abrigo á la mujer, que la pobre anda á cuerpo en enero, buscando una pulmonía, ó dar al sastre algún piquillo atrasado, que los tres duros de la taza y la conversacion de todas las noches? Lo primero es lo primero, que solemos decir los españoles. Y aunque el empleado, y el teniente, y el periodista se pasan el dia holgando, ó poco menos, el esparcimiento del café es muy necesario; y aunque al zapatero y á nuestros cofrades de oficio seria mas conveniente, en apariencia, meterse en la cama tempranito con el fin de recobrar las fuerzas para el trabajo de mañana, ello es que, como decia Esopo, hay que aflojar el arco de vez en cuando para que no salte; esto es, que el hombre ha menester de distraccion, y ninguna mejor que la del café. Y al cabo, que algo se chupa, quiero decir, que la tacita conforta, y....

Tampoco esta vez quedó satisfecho de mis razones el mancebo, porque despues de tomar un sorbo lentamente y de saborearlo con disgusto,

—¿Y oree Vd., me dijo, maestro, que á todos los paladares de esta gente sabe bien el breva que les dan por trece cuartos, y los cuatro de la propina?

—Hombre, pensando racionalmente, si, pues que lo toman.

—Se engaña Vd., maestro; á nadie gusta este café, y á todos parece caro. Mejor le pueden tomar todos en sus casas por la cuarta parte del precio.

—Pero en sus casas no tienen la tertulia, la comunicacion, el trato, la.... el....

—Si, señor: el regodeo, la murmuracion, la critica de lo que no se entiende; la censura de lo que no se conoce; el dar noticias de lo que no se sabe, ni se ha visto: eso es lo que aquí se busca, no el esparcimiento, ni la instruccion, ni el aflojar del arco, segun dice Vd. que decia ese *Sopo* ó *Sopa*, ó como Vd. le llame.

—No me seas bruto, Cañones, y perdona: el café es una necesidad de los tiempos modernos, ya te lo he dicho. El hombre no puede aislarse hoy del resto de la sociedad; es preciso que hable con sus semejantes, que dé y reciba las impresiones de la pública opinion, que esté al tanto de los sucesos de cada dia y conozca los adelantos de todo género y en todas las materias. ¿Me has entendido? ¿Comprendes lo que te digo?

—Lo que yo comprendo es que para todo eso es para lo que menos falta hace el café.

—¡Cañones!

—¡Maestro! ¿quiere Vd. probarme tambien que es mejor gastarse aquí sesenta reales cada mes que veinte ó treinta en un casino, círculo de recreo ó literario, en donde se reciban los mejores periódicos de España y Francia; en donde se establezca una pequeña, pero escogida biblioteca, y cátedras de conocimientos útiles, si es posible?

—¿Y crees que con un solo *ateneo*, que este es en reali-

dad el nombre propio de un establecimiento como ese á que te refieres, habria bastante para los pobladores de los cafés?

—No, señor; ni yo quiero que desaparezcan todos. Queden en buena hora para lo que deben ser: para recreo accidental; pero, habitualmente, diariamente, vaya le hombre á instruirse, y á instruir á sus semejantes á donde yo digo. Y si no hay bastante con un casino, ó ateneo, ó como se llame, establézcanse tantos cuantos sean necesarios.

—Pero, criatura, ¿quieres que todo se vuelvan casinos, círculos y tertulias, en el mundo? Conténtate con los que tenemos, y da gracias que no sean menos.

—¡Bah! ¿Y por qué?

No le di respuesta, por haberme entretenido en pagar al mozo. Luego, Cañones y yo, sin mas palabra, nos fuimos á descansar hasta el dia siguiente.

LAS REVISTAS CRITICAS

II.

Uno de los principales obstáculos que se oponen á la difusión de las Revistas es su índole exclusivamente critica, así en literatura como en ciencias y artes. Su forma intermedia entre el libro y el periódico las impide ejercer la iniciativa que es propia del primero, y animarse con la pasión ó ardor militante del último. Su terreno natural y propio es, pues, la critica; y ésta, aunque utilísima y necesaria, pocas veces es agradable á los autores.

Preciso es tambien reconocer que los críticos se equivocan con frecuencia. Byron y Tennyson no fueron juzgados muy recta ni muy discretamente por los de la «Revista de Edimburgo».

«La Revista» supone asimismo un movimiento intelectual y literario bastante avanzado. Es el centro donde se congregan las ciencias y las artes, un vínculo entre ellas: el sábio se hace literato para vulgarizar por su mediacion sus ideas y descubrimientos, y el literato se hace sábio para acomodar el ejemplo propio á los preceptos que difundir intenta. Mas como no es posible decir bien en espacio breve sino lo que bien se sabe, como no es probable que el escritor haga un estudio profundo de una materia difícil con el único objeto de escribir un artículo de Revista, á no ser que ésta se limite á la critica, resulta que, para mantener una de esas publicaciones con interés y novedad, se necesita aun mas que el concurso de redactores generales, por hábiles que sean, del de hombres especiales, que den á conocer en aquellas, por medio de resúmenes, fragmentos ó noticias, las obras á que han dedicado una porcion de su vida.

Gran parte de los mejores artículos que han visto la luz en las francesas «Revue des Deux Mondes», «Contemporaine», «Correspondant» y «Revue Nationale» no eran mas que capítulos ó largos extractos de obras de los Sres. Remusat, Ampere, Guizot, Thierry, Montalembert, Laboulaye, etc., que luego han publicado en forma de libro. Así hemos podido ver recientemente en la de «Ambos Mundos» la Historia Romana en Roma, de Ampere, y en la «Nationale» la Historia de Napoleón I, de Lanfrey, dos de las obras mas notables que se han dado á la estampa en Francia en estos dias.

Estas breves consideraciones darán á conocer someramente los obstáculos que en España se han opuesto á la existencia de Revistas críticas. No habiendo sino un movimiento literario muy corto, no era posible que la critica se ejercitara asiduamente; y no escribiéndose sino muy pocas obras, tampoco era posible que las Revistas

FOLLETIN.

CUENTOS DE VIEJAS,

POR
FEDERICO VILLALVA.

MAL DE OJO.

Al mediar una hermosa mañana del mes de mayo de 1563, bajo un sotechado cubierto de verdor, en el patio de su propia casa, platicaban quitamente Anton Prieto, pañero en Madrid y en su calle del Meson de Paños, y Mari-Soto, su conjunta y legítima esposa por ante el vicario de la parroquia de Santiago Apóstol, de que eran feligreses y naturales.

Domingo corría, y callaban los telares de maese Prieto, que sobre su mucho amor y respeto á los preceptos de nuestra madre la Iglesia, temía caer en la sospecha de la santa general Inquisicion, en aquel entonces muy vigilante y cuidadosa por librar á Castilla y toda España de los males que habian traído sobre el comun de los fieles de la católica cristiandad las doctrinas esparcidas por un tal Lutero, y otros que le siguieron y aun le precedieron.

Anton Prieto maldecía de muerte á los herejes, vivía en el santo temor de Dios, en la ventura apenas interrumpida de su buena Mari-Soto, y en el cuidado de su hija Blasa, que á la sazón peinaba cabellos de muy bien sus diez y ocho primaveras.

Y aparte los dolores que sufría la casa del Señor, Blasa era la única pena que tornaba en parte amarga la existencia de maese Prieto.

Desde 1561, en que definitivamente asentó la corte en Madrid, los telares de Anton crujían siempre, sino en los dias de fiesta, de que resultaban abultadas piezas de paños *tametes* y *herbies*, como habian dado en llamarles, con gran descontentamiento de los señores procuradores del reino; los cuales paños, vendidos á cuatro ducados la vara en siendo *veinte y seis*, y á mas baja tasa segun que eran de menor calidad, producíanle al buen Prieto grande adelanto en su interese y hacienda.

Con que habria llevado muy á placer la vida en este miserable valle de lágrimas, sin el disgusto de Blasca. Y no es que la hija de Anton fuese de las que por aquellos tiempos se usaban, y de que aun no se ha perdido la ralea, cascabelerilla y desenfadadas, mas amigas del galanteo y de la reja que de las buenas obras; ni tampoco era necia en ninguno de los sentidos en que la necesidad se muestra. Bien al contrario, sobrándole recato y discrecion; pero no menos le sobraban su poco de joroba, su tanto de torcedura en las piernas y mas de su tanto de fealdad en el rostro, que, en verdad lo digo, era cosa de dolerse el verla.

Anton y su mujer hubieran de buena gana cedido un par de miles de ducados por trueco de alguna gentileza para su hija, pero como la hermosura es cosa que no se compra, aunque hay muchas que venden su hermosura, Blasa Prieto seguía tan corcobadilla, tan patizamba y tan fea como la dejó un mal de ojo que decían que la hizo una mujer del arrabal, con la que tuvo ó no tuvo allá en sus mocedades algo que entender el buen pañero, y que luego andaba celosa de Mari-Soto.

Tales eran, á tiempo que platicaban Anton y su esposa, las aficciones de que se dolían; y esto porque van á la infelice Blasca perder la color y el apetito, sin que bastase á curarla el acero que tomaba por consejo del doctor Romano, cirujano del Reino por aquellos dias, ni los paseos á la casa del Campo, en que tenía

Prieto franca entrada por favor de un escudero del señor duque de Pastrana, mayordomo mayor de su majestad.

De Blasca, y no mas que de Blasca hablaban en el domingo de mayo de 1563 á que se refiere mas arriba esta verdadera historia.

En mi ánima, decia Anton Prieto, que si la rapaza no anda enamoricada de algun barbilindo, que no sé, ni sabrálo toda la facultad de Alcalá, qué tenga y la aqueje.

—¿Eso pensais, marido? replicaba Mari-Soto; ¿que mi Blasa quiera galán! Háseos venido á la cabeza el argandeno, Anton.

—[Mas que la moza no ha de tener su poco de alma añadia el pañero. Figúraseos, mujer, que en los diez y ocho años no hay deseos ni esperanzas, puesto que sean aquellos corcobados y contrahechos! Holgárame yo de veros en el pellejo de Blasa, y que un dia tras otro viéredes pasar á un glancete, moza villo, pisanado de punta, copeti-erguido, arrastrando espala, seguido de paje, estrado de cuello y mas lozano que el prado de Sant Hierónimo, y entonces, si amor os habia picado en las entretelas del corazoni y no érais, como no habeis sido, con perdon vuestro, ni dama, ni hermosa, veros el rostro, y la color, y el sentimiento; y á fé que si de hallaros así me lastimaba, no me dijéades que fué culpa del argandeno, bachillera.

—¿Y quién es causa, marido mio, de la fealdad y corcobadura de Blasa? dijo á la sazón Mari-Soto, mas hosca por lo de haberla negado la hermosura Prieto que por lo del llamarla bachillera. Escupid al cielo, cueros há en la faz. ¿No tuvistes galanteos pecadores con aquella desvergonzada del arrabal, que hizo mal de ojo á vuestra hija? Llorad ahora travesuras; llorad desastres; llorad congojas. Lastímese ahora de su hija de lo que hizo en sí propio cuando mozo.

Y á esta mismo tenor seguía mostrando sus trasnochados celos la ofendida pañera, y hubiese continuado hasta las ánimas, si no la atajara su marido con un juramento de los de maica, que no solia echarlos, sino cuando Mari-Soto le recordaba lo de aquella piltrafa del arrabal y el hechizo ó endiabladura de su Blasca.

dieran á luz porciones, fragmentos ó noticias de ellas, escritos por sus autores.

Aun con todo eso, hemos tenido algunas Revistas notables, y no pocos escritores que han acreditado su idoneidad para esta clase de trabajos.

En «La Revista de Madrid», publicada en 1838 por los Sres. Pidal y Gironella, vieron la luz los *Estudios políticos*, de Donoso Cortés; los artístico-literarios de Pidal sobre Toledo, sobre el libro del rey Apolonio y Santa Maria Egipcíaca; con no pocos tan discreta como galanamente escritos por los Sres. Llorente, Pacheco, Amblard y el inolvidable Alcalá Galiano, capaz por sí solo de dar vida y calor á una Revista, tan grande era su lectura y tan prodigiosa su memoria, si el público español se hubiera mostrado propicio á aquella clase de publicaciones.

Tuvimos también Revistas personales, ó redactadas por un solo escritor, como la *Europea*, del Sr. D. Fermín González Morón, otro prodigio de erudición y de memoria que dió á luz en aquella sus estudios sobre la *Civilización en España*.

Hemos tenido hasta Revistas *políglotas* ó escritas en cuatro ó cinco idiomas, aunque esto no pasó de escuñidad.

La revolución de 1854 produjo tal cual movimiento literario, reflejado por la «Revista de Ambos Mundos», del editor Sr. Mellado, en la que vieron la luz artículos muy interesantes de los Sres. Lafuente, Valera, Baralt, Cánovas, Tejado y otros muchos. Aquella Revista llegó á contar con una suscripción suficiente para su sostenimiento y para retribuir, si bien muy modestamente, á sus redactores. Debe atribuirse su muerte, mas bien que á abandono del público, á falta de escritos propios de su índole y variados, y á cansancio de los editores, que no realizaban con ella las ganancias que podían prometerse en otras empresas.

Vivió, sin embargo, la «Revista de Ambos Mundos» cerca de dos años, y existe todavía la que en 1857 comenzó á publicar, con el título de «La América», el señor Asquerino, la cual durante largo período de tiempo contó con plumas muy hábiles y espertas, y ofreció gran animación.

Todos estos ensayos, aunque afortunados muchos, no han bastado, sin embargo, para que las Revistas críticas arraiguen en España. ¿Por qué? Ya lo hemos dicho. Porque una Revista no engendra el movimiento literario, sino que le refleja, y siendo tan tenue ó débil el que en España, hasta ahora, ha habido, difícilmente podía suministrar pasto ó alimento á aquellos periódicos.

¿Han variado hoy esas circunstancias? En parte sí: el público español del día lee mas que el de hace algunos años, y la gente que lee es mucha mas en número que antes; pero en la que escribe, y sobre todo, en la que sabe y puede escribir, mas bien ha habido disminución. Hemos perdido en los dos últimos años al duque de Rivas, Pacheco, Alcalá Galiano, Pastor Díaz, Lafuente, Antonio Flores, escritores todos de los de mas talla y justa y merecida fama, y no se descubre por ningún lado quien ha de venir á ocupar dignamente siquiera alguno de los puestos que ellos dejan vacantes. El nivel general de la instrucción se eleva, sin duda, pero las personalidades brillantes desaparecen.

Para luchar con estos graves obstáculos, las Revistas críticas deben, en mi humilde juicio, procurar dos cosas: 1.ª, tratar asuntos de interés propio ó nacional; 2.ª, dar á sus artículos todo el carácter de *actualidad* posible; es decir, relacionarlos con las ideas, opiniones y sucesos del día.

Ya en «La Revista de España» un discreto autor y excelente crítico, de la familia del Sr. Alcalá Galiano, por la sangre como por el talento, el Sr. D. Juan Valera, ha llamado la atención acerca del abandono en que nuestros escritores dejan las cosas patrias, por seguir el movimiento de las ideas en el extranjero. En este terreno, la competencia no puede redundar en ventaja nuestra, porque los escritores extranjeros luchan con el caudal propio, ad-

quirido por una educación literaria mas completa y variada que la nuestra, y con el caudal adquirido por la herencia de una no interrumpida serie de grandes escritores y hombres científicos. El fijarnos en los asuntos propios será, pues, prueba, no solamente de patriotismo y de buen gusto, sino también de discreción y de prudencia.

En cuanto á la condición de *actualidad* en los escritos, ya hemos dicho lo bastante acerca de esa exigencia del público.

No obstante los obstáculos que hemos apuntado, tenemos la esperanza de que la variación en el público es tal, y tan grande la necesidad que de la crítica en todo, en literatura, en ciencias y en artes, se siente hoy día, que el nuevo ensayo acometido casi á un tiempo por «La Revista Mensual» y la de «España» dará un resultado mas próspero y duradero que las anteriores. En esta esperanza nos confirman los números que hemos leído de esas publicaciones, particularmente de la última, y el denuedo con que escritores como los Sres. Cánovas, Llorente, Lorenzana y Valera han emprendido la tarea difícil, pero no inferior á sus fuerzas, de llenar el vacío que la muerte ha causado en la república de las letras y de imprimir nuevo movimiento á nuestra agonizante literatura.

PROCESION CÍVICA.

¿Qué es una solemnidad cívica?

A primera vista parece que debe ser una solemnidad que tiene un objeto cívico, presidida por una autoridad civil y en la que el frac negro no se vea oscurecido por las plumas, galones y bordados. Pero del dicho al hecho hay gran trecho, y tan difícil es que el frac, *toga* de nuestros tiempos, campe en solemnidad ninguna, como es imposible que lo negro luzca mas que lo dorado.

Dejémoslos de sutiles distinciones, y coloquémoslos debajo de esos árboles, tras de las apretadas hileras de la gente que se agolpa para ver pasar la procesion.

VANGUARDIA CÍVICA.

Hay quien no gusta de ver encabezadas las procesiones por los niños del Hospicio y los ancianos acogidos de San Bernardino. La idea de la pobreza y de la orfandad es desagradable á las gentes que creen que las llagas deben taparse, y que la pobreza es buena para ocultarse en una guardilla.

Por mi parte, no soy de esa opinión. Pláceme ver, decorosamente vestidos y limpios, marchando con compostura y modestia á los niños á quienes el ayuntamiento ó la diputación de provincia sirve de padre, á falta del natural. No por ser oficial la filantropía deja de ser hija de la caridad y tan necesaria como ella. —Los acogidos, dicen esas personas de gusto difícil, recuerdan el Hospicio, el asilo, el rancho de patatas y garbanzos, el olor triste de los largos dormitorios, el desamparo y oscuridad de la casa donde no hay padres ni madres. Exhibirlos en las solemnidades públicas es descomponer el cuadro, perjudicar á su belleza.

No soy de esta opinión. Confieso que los niños y los ancianos, amparados por la caridad oficial, me inspiran viva simpatía. Sin ese brazo que les sustenta, ¿qué sería de ellos? La caridad oficial no tiene el perfume, la santidad que la caridad privada; pero es caridad al cabo, y, por consiguiente, bella. Consuela pensar que los que no tienen en el mundo quien por ellos se interese encuentran protección en quien representa á todos, y que la niñez y la ancianidad hallan en el mundo quien supla lo que los individuos no pueden, ó no alcanzan á hacer.

Siguen los inválidos. Si parece triste á algunos el desfile de los acogidos de la Beneficencia, está claro que no encontrarán muy pintoresco ver dos hileras de mocosos ó cojos, apoyados en bastones. La masa del público no se fija mas que en el aspecto exterior de las cosas. Yo encuentro pocas tan bellas, moralmente, como un inválido; y si he de decir verdad, lo que mas me gusta de las procesiones cívicas es precisamente esa vanguardia en que van representadas la pobreza, la desgracia y el sacrificio del trabajador ó del soldado.

su contento. Nunca jamás como entonces habíase hermoseado la fealdad de Blasica.

Observó el padre, miró á la moza, luego al galán, y dando una gran risada:

—¡Caf de mi asno, se dijo, ¡Necio que fui; curala está Blasa, así Dios me salve!

Y llamando al mancebo:

—Mira, Dieguillo, hijo, añadió, toma la capa, salte á la calle, echa por las Platerías y los portales de Guadalajara, cruza la plaza del Arrabal y da contigo en el de la Santa Cruz, sin pararte á do están los pícaros de las carnicerías, que son mala gente y tú poco diestro en huir y entender sus bellaqueñas. Pregunta allí por la casa del alguacil de villa, Tello Jaraba, y decirle has de mi parte que he menester la casa despues de Sant Juan, y que busque otra en qué se aposente y viva, que la en que al presente mora y es mia, heredada de mi padre (que santa gloria haya), héla, como te he dicho, menester para el tiempo que te digo. Anda, hijo, haz bien el recaudo, y daréte luego un real para que te solaces en el campo de la Tela con los de tu clase.

Salíó el mozo, y quedó Anton Prieto mas alegre que damas del partido.

II.

—¿Qué le ha dado á tu padre hija? preguntó Mari-Soto al cabo de algun espacio. Sin seso está, ó con él no me le deja el vino que en antes bebíó conmigo para solenizar el alza de los paños.

Y Anton Prieto de saltar y reir, y de abrazar y besar á la jibosa, cantando *la bella mal maridada*. Blasica dejaba hacer al pañero, y figurábase que aquello no era por mal, bien que la ausencia de Dieguillo la tuviese un tanto desconsolada; que, en verdad, menester era ser ciego para no conocer que algo habíala acontecido en aquella mañana, pues que de tal suerte estaba gozosa la coreobadilla.

Y sucedió como voy á decir: estabase la buena de Blasica á la puerta de su casa regocijándose en ver las hermosas damas

CUERPO DE EJÉRCITO CÍVICO.

Tras de los pobres de solemnidad vienen los que con oficial solemnidad eni dan de los pobres. Esa es la diputación, ese es el ayuntamiento.

El frac negro, que el uso quiere que sea modesto, aunque le adorna profusión de placas, cruces, ban las y cintas, prepondera en este grupo. Dánle dignidad los maceros con sus dalmáticas de terciopelo carmesí y sus gorras con plumas blancas.

CENTRO CÍVICO.

Aquí el frac desaparece, y el dorado brilla en todo su esplendor. Comisi ones de todos los cuerpos de la guarnición; infantería, caballería, artillería é ingenieros; un uniforme misto que ostenta una clase mista, y que se mezcla en gran cantidad con todos los uniformes y con todas las solemnidades.

Aquí está la presidencia, que, como he dicho, parece que debiera ser civil ó cívica.

Nada menos que eso: las autoridades civiles, gobernador y presidente del ayuntamiento, llevan en medio á una figura militar, que preside la ceremonia.

RETAGUARDIA CÍVICA.

Todos los cuerpos de la guarnición que cubren la carrera con sus músicas respectivas, tan atrevidas como desgraciadas.

¿Que es lo que tocan? Una *rondaña fúnebre*, composición original. ¡Y tanto! *Rondaña fúnebre* es como si dijéramos *duelo alegre*; pero de esas antítesis pueden perdonarse á nuestras músicas militares, cuyo valor no hay dificultad que no supere, aunque no pueda decirse otro tanto de su habilidad.

Y se acabó la procesion cívica.

DICHOS Y HECHOS.

Como era de temer, el *dos de Mayo* ha sido causa de que algunas aprendices de poetas hayan reproducido los horrores de aquella fecha, disparando versos á los héroes de 1808.

Yo no sé francamente por qué no se ha creado ya un cuerpo de policía literaria contra los que se ejercitan en cantar glorias populares, sin mas objeto que el de ir soltando los andadores y hacer pinitos en el arte rítmico.

Aquí se persigue al que defrauda al público en el peso del pan; al que revende billetes de espectáculos; al que se ejercita en juegos de azar ó envite; al que sisa, al que hurta, y aun he oído decir que algunas veces al que roba; pero se deja en paz á los que insultan la memoria de los grandes hombres de la patria con sus composiciones de tres al cuarto, odas, sonetos, romances, elegías, qué se yo. Si la reciente creación de la guardia rural no estende los deberes de su instituto hasta la poda y limpia del Parnaso, la verdad, me parece que nada se hizo con aquella de provecho.

Porque hay de malo en el abuso que se consiente dos cosas; la primera, el abuso mismo, es decir, la ofensa á los hombres y los hechos memorables de la patria; la segunda, el retraimiento, digámoslo así, de los buenos poetas (cuando los hay) para cantar los asuntos mas grandes y levantados en que pudiera ejercitarse la musa heroica. ¿Quién se atreve ya á glorificar el *dos de Mayo* después de las trescientas mil composiciones con que han sido fusilados Daoiz y Velarde, en los últimos treinta años? ¿Quién se atreve ya á citar á Sagunto y á Numancia, á San Quintín y Pavia, á Bullen y Zaragoza, que irremisiblemente han de jugar en las *lupulatas* odas de tantos cantadores fatigosos como salen á España hasta de debajo de las piedras?

Por favor, poetas melencólicos ó sin melenas; cantad á Clóri en seguidillas; á Tomasa ó á Cucufata en sáficos adónicos; haced unas cuantas endechas á vuestros dolores (porque todos teneis dolores, cuando no en el alma, en los callos); escribid en tercetos los desengaños de la vida, que si otros no teneis, podeis contar seguro con los que os da vuestro genio ramploncillo y de poco alcance; vomitad novelas filosóficas ó comedias malas, que de cierto os las comprará Gujarró y os las representará Catalina; pero dejad en paz á los que murieron honrando á su patria, ó ya que

y sus galanes, arrastrando aquellas mucho terciopelo y brocado, luciendo mucho manto de soplillo, en señando mucho guante adobado, y mucha cadena de oro, y muchas mangas, cofias, tocados, gorgueras y jubones de punto de aguja, de oro y plata; gallardeando estos con mucha calza de seda, mucho calzon acuchilla do y colete guarnecido, ambos de terciopelo, mucho capote de raja con pasamano de oro, y mucho sombrero con trenzas y plumas; que aun el señor rey D. Felipe el II no habia ordenado publicar la pragmática para poner remedio y proveer cerca del esceso y desórden que en lo de los trajes y vestidos en estos reinos habia, conforme teníanlo pedido los procuradores que á las Cortes en aquel mismo año de mi historia vinieron.

Pecaba mas de un poco de envidiosa la hija del pañero, puesto que, como dije, era discreta y temerosa de Dios; y esto bien claro se muestra que era por causa de su figura, que, en verdad, le ponía desesperación y disgusto. De aquí siguió para la rapaza un odio perpétuo á todas las mujeres que no fuesen su madre; y creció á tal punto este aborrecimiento, como mas adelante se verá. Estabase, á lo que digo, mirando aquellas hermosas criaturas de Dios, para quienes la misma belleza era causa de perdimiento, á tiempo que acertó á llegar á la casa el mancebo á quien Prieto llamaba Dieguillo, y que era aprendiz de tejedor de paños en los propios telares de maese Anton.

Era Diego un mozueto simple y poco menos de bobo cuando, diez años antes, muerta su madre, que padre no le conoció, fué recogido de caridad por el pañero, quien desde entonces, por su bondadoso natural, quisole como á hijo. Creció á par de Blasa, y no en maldades, como suelen los muchachos en los oficios de menestrales, que, con el ejemplo de los mayores y su desenvoltura, hácense maestros en la truhanería antes que en el arte para que son criados. Cobróle igualmente grande afición Mari-Soto, porque servíala en ciertos recaudos y menesteres de la casa, y era muy humilde, y nada chismoso, y ni daba ocasion de que le rinesen, ni cuando lo hicieran replicaba.

(Se continuará.)

os plazas inspiraros en su gloria, hacello para vosotros solos, mientras el maestro no os diga que podéis hacello para los demás.

FIGARO os lo suplica, y el sentido comun os lo ordena.

Pero no todo lo que en este último *dos de Mayo* se ha publicado es malo, porque han escrito un *Eco Nacional* Aguilera, y unas décimas *A España por las victorias del Pacifico* Bernardo Lopez García. Ambas composiciones son muy bellas, sobre todo porque no presumen de grandes.

FIGARO no tiene para qué felicitar á D. Ventura Ruiz Aguilera, que con él colabora, por muchas razones: la principal porque se llama Ruiz Aguilera, y el que no sepa ya de su nombre y de sus obras, no merece saber de uno ni de otras.

En cambio, FIGARO aprovecha esta ocasion para echar esencias sobre la cabeza de Lopez García, que es una cabecita que vale.

No es del todo malo un romance titulado *El Dos de Mayo* que ha escrito D. José Fernandez Bremon; tiene gracia una composicion festiva al mismo asunto que Manuel Palacio publica en *Gil Blas*, y Frontaura tambien ha dado á los *cascabeleros* un romance llerito y agradable.

De lo demás que he visto, *fi donc.*

Otras dos composiciones al *Dos de Mayo* merecen aplauso de FIGARO. Las ha visto á última hora, pero no quiere no hacer mención de D. Antonio Almendros Aguilar, autor de una de ellas que publica *La Revista de Jaen*, y de A. F. Grilo, autor de la otra, que se lee en *Quevedo*, semanario madrileño.

Y ya que de *El Dos de Mayo* literario hablo: en los tentos se han representado las acostumbradas producciones de circunstancias.

Dos se han estrenado. Entre las nuevas y las viejas, no hay diferencia grande: lo que en este género de composiciones hace mayor ruido es la pólvora que se gasta. Mas tiros y mas franceses muertos dan mas éxito.

FIGARO no censura á las empresas que tales obras ejecutan, ni á los autores que las escriben, ni al publico que las aplaude.

En ellas no hay que buscar mérito artístico ó literario: hay que buscar patria.

Ya tenemos en campaña un nuevo espectáculo. Háse abierto el circo ecuestre del Príncipe Alfonso.

Por ahora, todavía ofrece la cosa poca novedad.

Veremos mas adelante.

Anteayer hubo toros: es decir, toros hay siempre; pero anteayer se corrieron y se lidiaron seis en la plaza de la corte.

La gente acudió allí en tropel, y FIGARO tambien.

Hubo lo de siempre; pero, aun cuando la corrida fué buena, nada de particular ocurrió en ella: no murió ningún diestro, ó lo que es lo mismo, todos lo fueron bastante para librarse por aquel día de los percances del espectáculo nacional.

Desde la corrida próxima, FIGARO se propone convidar á su manco Cañones, que es muy inteligente en materias de torero, para reseñar los accidentes de la *lidia*, como él dice.

Ya contaré á ustedes lo que piensa Cañones acerca del asunto.

Señores suscritores de FIGARO:

Muy señores míos: yo no sé por qué fatal casualidad se han perdido algunas de las cartas que Vds. suelen tener la bondad de escribirme, incluyendo sellos de franqueo.

Ello, ya digo, es casualidad; pero, ¿no creen Vds. que seria conveniente, cuando la cantidad de sellos sea de alguna consideracion, certificar las cartas?

Dispensen Vds. la molestia á su afectísimo y reconocido servidor, Q. B. S. M.,

FIGARO.

¿De quién era aquella mirada?

(Continuación del número anterior.)

Todo el mundo prestaba atención á la comedia en medio de un silencio profundo; oíanse solo los acentos de la encantadora actriz y los latidos del corazón de FIGARO. ¡Emoción prolongada!

La mirada es el cartel de anuncios de lo que se representa en el pecho.

Funcion nueva quiere decir la primera mirada de amor; *la muy aplaudida comedia* significa la mirada satisfecha del amante mas satisfecho aun; *pieza silbada* va proclamando la mirada del acalabaceado doncel.

Hay miradas bíblicas: mirada-Jacob llena de paciencia, que se usa con las ricas herederas y con las suegras de quien se espera algo; no es de mi asunto el ocuparme hoy de las miradas del candidato á la diputación á Cortes ó á un empleo. Hay miradas mitológicas: mirada-Narciso, que es la del pollo, á la entrada en un salon, en el Casino, en el café, ó en cualquiera otro sitio en que hay espejos. Hay miradas históricas: mirada-Atila, que utilizan algunas mujeres para borrar las esperanzas de aquellos que en poco tienen.

Pero sobre todas estas miradas, está la inmensa, la sublime, la grandilocuente, la piramidal, la cosmogónica, la caótica, la fenomenal mirada aquella de que FIGARO os va hablando; la mirada-Homero, la mirada-Merlin, la mirada-Séneca, la mirada-Napoleon Bonaparte, la mirada-rayos-truenos y tempestades que FIGARO vió en una de las *soirées* de que os tiene dada cuenta.

Gente hay que no duerme por diferentes causas:

Por ambicion,

por amor,

por celos,

por tener la cama dura,

por haber perdido al juego,

por haber gana lo á la lotería,

por los mosquitos ó otros escesos veraniegos,

por tener mujer propia,

por tenerla agena,

por haber bebido demasia lo café ó suspiros,

y por un sueño.

FIGARO no puede pagar los ojos por haber visto una mirada que le produjo escalofríos, calentura, *delirium tremens*, todas las sensaciones propias á la naturaleza humana.

Una semana mas de semejantes emociones, y FIGARO muere de una tisis violenta. Mas que haya un barbero menos ¿qué importa al mundo?

Pero ¿de quién era la mirada aquella?

(Se continuará.)

Es característico de España el hecho que hallamos narrado en una descripción del monumento del Dos de Mayo.

Púsose la primera piedra en la época del 20 al 23, y, como era natural, bajo de ella se depositó, entre varias monedas y documentos, un ejemplar de la Constitución del 12. Pero vinieron los franceses de Angulema, derribó el pueblo las lápidas de la Constitución, desapareció este código, y los *realistas mas que el rey* se acordaron de que existía un ejemplar de esa Constitución enterrado bajo los cimientos del monumento del Dos de Mayo. Ocurríeseles esto, deshacer la obra comenzada y desenterrar el dicho ejemplar, todo fué uno. Juzgaban acaso que las Constituciones son como las remolachas, que invaden el terrero en que se ha plantado una, y temian que brotasen códigos del 12 pequeñitos por el piso del Prado.

En lugar de esa Constitución, los realistas colocaron sin duda la esposición de los *Persas*.

Mas pasó el período absolutista, vino el año de 1836, continuóse la obra que habia quedado en suspenso, y entonces los liberales pensaron, quizás, en deshacer lo hecho para desenterrar la esposición de los *Persas* y sustituirla con el código de 1812; pero tuvieron la feliz inspiración de limitarse á depositar otro ejemplar en el cuerpo principal del monumento.

Por fortuna, este se acabó en 1840, pero es seguro que si hubiera tenido veinte pies mas de altura y hubiera durado algunos años mas su construcción, hubiera sufrido no pocas interrupciones para rellenarse de papel como una fusta de capricho.

Nos figuramos la sorpresa que experimentarían, dado ese caso, las generaciones futuras, si, llegado el término de la existencia de dicho monumento y el principio de las investigaciones y disertaciones de los arqueólogos, hubieran hallado bajo cada hilada de piedras una Constitución nueva ó reformada.

Y aun hubieran faltado la de Bayona, y otras que no llegaron á regir. Las observaciones de los arqueólogos las dejamos al buen sentido del lector.

Francia es un país militar, pero donde los militares tienen maneras y sentimientos bastante civiles.

Dias pasados, haciendo ejercicio de fuego con pólvora sola las tropas del campamento de Saint Maur, una bala que no ha podido averiguarse de donde partió, hirió á un artesano, que sucumbió al día siguiente, dejando una viuda y dos hijos.

Inmediatamente que se apercibió de la desgracia, el general Bourbaki, comandante del campo, mandó suspender la maniobra, formó los batallones é hizo registrar sin resultado fusil por fusil, y cartuchera por cartuchera los de todos los soldados. El ejercicio se suspendió por aquel día.

Al siguiente, un ayudante de aquel general llevaba á la viuda del artesano *tres mil francos* reunidos por cotización entre los oficiales como indemnización de la pérdida que habia sufrido.

El mariscal Regnault de Saint Jean d'Angelis, ha dirigido además una carta al FIGARO, que habia publicado algunas frases de censura, defendiendo al ejército en los términos mas mesurados, y asegurando, que antes de comenzar el ejercicio de fuego son registrados los cartuchos de todos los soldados para evitar desgracias, y que se cuida de advertir á los espectadores que se pongan á retaguardia, sin poder conseguirlo.

No siempre los *civiles* son tan bien tratados por los militares, pero acontece tambien que los primeros corrigen con ingenio las *salidas* de los últimos.

Ocupado París por los aliados en 1815, el príncipe Talleyrand dispuso un banquete al que debían asistir los principales jefes ingleses, austriacos y prusianos.

Todos estaban presentes á la hora de la cita, menos un general prusiano que se hizo aguardar breve rato. Al fin, oyóse en la antecámara ruido de espuelas, y asomó dicho general, sofocado y limpiándose el sudor con el pañuelo.

—Perdonad, príncipe, dijo á Talleyrand que salió á recibirle; pero he encontrado á un *civil* de quien no he podido zafarme hasta ahora. Yo llamo *civiles* á todos los paisanos.

—Lo mismo me pasa á mí, replicó Talleyrand: yo llamo *inciviles* á todos los militares.

Un periódico que ha comenzado á ver la luz en estos dias, publica en el folletín la consabida novela titulada: *Marina*, ó la espiación de una mujer (historia de una familia); su autor, don Francisco Rodriguez Fernandez.

¡Vamos, que esto de sacar uno á la vergüenza los hechos de su propia familia, de la familia que uno ha hecho, de la que se es autor, tiene mucho que ver!

Ya se ha hallado un pasatiempo con que reemplazar la famosa *cuestion romana*, que tanto dió que hacer á los herreros de la coronada villa. El nuevo juguete, que no tiene pretensiones políticas, se llama el *zoolitropo*. Es una caja circular, colocada sobre un

pie, y en cuya circunferencia hay diez ó doce aspilleras ó estrechas aberturas. Dentro de la caja, en un círculo mas pequeño, se paga una banda de papel con dibujos caprichosos, hechos *ad hoc*. Se imprime movimiento á este aparato, y gira con mas rapidez que una perinola. Entonces las figuras ó objetos, dibujados en la banda interior de papel, aparecen en las actitudes ó formas mas extrañas, y, combinándose, á favor de la velocidad con que pasan por delante de las aberturas á que el espectador aplica la vista, saltan, bailan, tocan el violín, ó el bombo, y ejecutan los movimientos mas raros y risibles.

El *zoolitropo* ha tenido buena acogida en París, lo que quiere decir que pronto le veremos sobre el velador ó el mármol de la chimenea de las damas madrileñas.

Otro juguete menos inocente es un album, en cuya tapa superior aparece pintado un mono, con este rótulo:

—Retrato del Chimpacé del señor....

Abre el curioso el album, y encuentra un espejo que refleja su simpático rostro.

Hay quien se queja á la señora de la casa de tal atentado contra su dignidad.

Toda Cataluña está en conmoción con motivo de los juegos florales que van á celebrarse en Barcelona. El batallón de los poetas y escritores catalanes se ha dividido en escuadras, de las cuales una se pone en camino para el Ampurdan para recibir en la frontera á los escritores que vienen de Francia, otra sale al encuentro á los que llegan de Castilla, otra á los que vienen por mar y otra hace los honores de la casa.

Trenes especiales con lujosos wagones, banquetes, conciertos de orfeones, funciones teatrales; nada han perdonado los trovadores provenzales para dejar en la memoria de sus convida los grata impresion.

El poeta que no gane un pensamiento de oro, se consolará con un pollo trufado, y el que haya leído quinientos versos en el idioma del rey Renato, se refrescará las fauces con una botella de Chambertin ó de Jerez.

¡Y luego se dice que los poetas del día son, como los de todos los tiempos, pobres de solennidad! Ahí están los trovadores catalanes, los restauradores del *gay saber*, cuya hospitalidad es digna de un monarca.

Si FIGARO asiste, que aun no sabe si asistirá, se atreverá á hacer una súplica: que se supriman las piezas *bilingües*, que son zarzuelas literarias, opuestas, como la zarzuela, á las leyes de la naturaleza y de la estética.

Nuestros lectores sabrán probablemente que el duque de Edimburgo, hijo de la reina Victoria, ha sido herido por un feniano en Australia. Pues la reina, al recibir la noticia y despues de enterarse de que la herida no ofrecia cuidado, ha mandado que el duque de Edimburgo siga su viaje y complete la campaña de dos años que necesita para su ingreso en la marina real, de los cuales solo lleva á bordo siete meses.

Así educa á sus hijos la viuda del príncipe Alberto.

Doña Polonia Sanz, dentista de cámara y del príncipe Muley el Abbas, ha sido agraciada con el título de dentista del ejército.

Apuradilla se verá mi señora doña Polonia para acudir con oportunidad al llamamiento de sus doloridos clientes, aunque, á decir verdad, mayor será el apuro de estos cuando doña Polonia esté, por ejemplo, en Mequinez estrayendo uno de los caninos ó la muela del juicio al hermano del emperador.

Lo que será curioso es ver á la dentista, en uniforme de campaña (FIGARO supone que lo tendrá), en un campo de batalla, corriendo de aquí para allá, con la llave inglesa en la una mano y un frasco de elixir en la otra.

La fortuna de doña Polonia es que ya no muerde la infantería los cartuchos; de otro modo, no ganaba para incisivos pozizos.

En Búrgos produce grandes resultados la publicacion de *El Caballero de la Triste Figura*: tiene discípulos á docenas; ahora le ha salido un gacetillero en «El Eco» de Búrgos, poeta por mas señas, y tan culto y limpio que da gozo.

Es verdad que el niño es modesto, y asegura que, teniendo poco de poeta, tiene bastante de loco, pero yo creo que de lo que tiene mucho es de otra cosa. La prueba al canto. En el número 37 de aquel periódico, y dirigiéndose á las niñas burgalesas, dice lo siguiente:

«Cuando en el teatro estoy

Una duda me acongoja

Y es, si el viento se afloja

¿Dónde con aquello voy?»

El..... poeta mismo se da pronto la contestación en la décima que sigue:

«Niña, si por Calvadares

Te es preciso pasar,

Procura siempre llevar

Los frascos de esencia á pares,

Y así y todo, si á tus lares

Sin asfixiar te regresas,

No confies ni por esas

En haber librado bien.

Pues en mas de dias cien

Has de oler..... y no á camuesas.»

Claro está que ha pasado por Calvadares, de vuelta del teatro, el gacetillero de «El Eco de Búrgos». Por fortuna, semejante..... personaje nunca entrará en el Parnaso, que si tal sucediera, pronto se ennegrecerian los rayos dora los del sol.